EL COMPONENTE DE FICCIONALIDAD EN LA RECONSTRUCCIÓN ETIMOLÓGICA

Mª AZUCENA PENAS IBÁÑEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

El presente trabajo se va a ocupar de analizar el componente de ficcionalidad, presente en la investigación etimológica. En él se abarcará un amplio espectro, desde la etimología propiamente dicha, pasando por la etimología popular, hasta la recreación semántico-etimológica.

Al hablar de etimología necesariamente nos enfrentamos con la perspectiva histórica y dinámica del lenguaje. Hacía bien Menéndez Pidal (1904:102) en distinguir en la reconstrucción etimológica unos principios propios de la evolución de la gramática, pues ocurre que no sólo hay leyes fonéticas sino que se dan asimismo leyes o principios en la evolución gramatical, que tienden a regularizar formas y funciones con signos análogos o diferenciados. ¡Cuántas veces en la resolución de una etimología hemos echado mano de la analogía!.(1) Ejemplos típicos de la acción analógica en la historia del castellano son los de la igualación de la terminación del singular en el caso de los neutros en -us (*pecho, tiempo*), y el de la igualdad de la terminación de los femeninos por atracción del significado del lexema (*suegra, nuera*).

Es posible que para algunos el recurso a la analogía en la comprensión del proceso etimológico haya sido a veces abusivo, así como extraño al proceso como tal. En este sentido Bernard Pottier y Manuel Alvar (1983:II) se han referido a la «morfología dependiente», con una idea atomista y foneticista subyacente, cuando afirman: «Hay términos a los que se ha llegado después de una concreta evolución histórica; sobre ellos no actúan otras fuerzas que las que obligan a ese proceso... Sin embargo otras palabras no han evolucionado según unas determinadas normas, sino que su proceso se ha visto perturbado por causas extrañas».

Quizá no se trate de «causas extrañas» que interfieren en los procesos fonéticos, sino de procesos propiamente morfológicos que tienden a estabilizar formas análogas o diferenciadas

1 El profesor Rodríguez Adrados (1974:797) sugiere que se denomine «analogía» a «la tendencia a generalizar para cada término de las oposiciones significantes únicos».

para funciones análogas o distintas, y que tienden asimismo a proporcionar regularidad analógica en los distintos subsistemas del idioma.

Ampliando nuestra referencia en el campo gramatical de lo morfológico a lo sintáctico, llamaba ya la atención el propio Lapesa (1963:203) sobre el desgaste fonético en las construcciones con *de + complemento* (*la calle de Larios, la calle Larios*), lo que llevaba a que la especificación denominativa se expresase mediante aposición; más adelante, Lapesa (1987: 37) volvió sobre el mismo caso, e indicaba la incidencia coadyuvante del fenómeno fonético en el sintáctico. Nos hallamos ciertamente ante el hecho de la interacción de los componentes del lenguaje, y ante un ejemplo en el que lo fónico concurre para favorecer la construcción apositiva en las denominaciones, pues vemos un caso de variación sintáctica a la que está ayudando lo fónico: el desgaste fonético condiciona el cambio gramatical.

Parece generalmente aceptado que los cambios lingüísticos vienen precedidos por una larga etapa de variación, durante la cual la variante innovadora coexiste con la variante tradicional, si bien sometida a diverso tipo de presiones. La simple variación, sin embargo, no necesariamente conduce al cambio; para que éste se produzca tiene que generalizarse. La mayoría de las explicaciones que han predominado en las teorías sobre el cambio, se han limitado a describir casi exclusivamente las dos etapas extremas del cambio, esto es, el de origen (*hominem*) y el de consolidación (*hombre*), prescindiendo de los estados intermedios, que es justo donde se decide su suerte; y con ello, como dice Coseriu (1973:220), identificando cambio -difusión de una innovación- con mutación -sustitución de una estructura por otra-.

La consideración inmanente del cambio, al más viejo modo positivista y neogramático, se ha revelado incapaz, por sí sola, de dar respuesta satisfactoria a no pocas interrogaciones sobre los mecanismos que lo mueven -ya Schuchardt o los idealistas levantaron sus voces en contra por aquel entonces-. Tal y como propone Labov (1983:213), el cambio no consiste en un moviento autónomo en el ámbito de un sistema lingüístico, sino más bien en una respuesta compleja a un gran número de aspectos del comportamiento humano.

Weinreich, Labov y Herzog (1968:95-195) han desvelado algunas de las falacias presentes en las tesis inmanentistas del cambio, a la vez que insisten en la interrelación de los factores lingüísticos y sociales en la evolución del mismo. Como es sabido, los autores proponen tener en cuenta diversos aspectos que concurren en el estudio de los cambios fonéticos en curso: «1) la *restricción,* para determinar los cambios posibles y las condiciones posibles para que éstos se produzcan, 2) la *transición,* que permite encontrar el camino por el que un cambio evoluciona de una etapa a otra y donde se han de tener en cuenta, entre otras cosas, cuestiones como la regularidad del cambio o el influjo gramatical sobre el mismo, 3) la *inserción,* a fin de considerar las correlaciones lingüísticas y sociales del cambio, 4) la *evaluación,* a través del análisis de las reacciones subjetivas de los miembros de la comunidad ante la variable innovadora, y 5) *la actualización,* que supone determinar todo tipo de factores que influyen en el cambio».

Ya en el s. XIX, con el desarrollo del comparatismo, una concepción primero histórica y luego evolucionista llevó a una visión genealógica de las lenguas que serán agrupadas en familias y se buscará en cada una de ellas su origen común. Se llega así al concepto moderno de etimología *como la ciencia que estudia el origen de las palabras o las relaciones que ligan a una palabra con otra que le precede históricamente y de la que deriva.*

La influencia de las doctrinas neogramáticas que otorgan una importancia exagerada al elemento fonético en perjuicio del factor semántico al fijar las etimologías, se ha hecho sentir en muchos estudios sobre las lenguas románicas. En este aspecto Hugo Schuchardt es un claro adversario del principio de las leyes fonéticas sustentado por los neogramáticos. En sus estudios

etimológicos presta mayor atención al significado que a los sonidos, pues lo que está vivo en la palabra lo expresa el significado, no los sonidos.

A partir de ese momento, fueron adquiriendo cada vez más fuerza los factores psicológicos como perturbadores de las leyes fonéticas. Iba surgiendo así lo que algunos estudiosos como García de Diego (1928:225-243) han dado en llamar etimología idealista, que pretendía desmentir el fatalismo y la universalidad de la etimología fonética. A diferencia de la herencial, la etimología natural (es el caso de *bobo, chocho, tonto, ñoño...*) parte de la idea de que un cierto número de voces de un idioma no procede de otra lengua sino que obedece a una creación independiente.

A lo largo de sus trabajos Yakob Malkiel (1951 y 1954:265-274) trata de reconstruir los estudios evolutivos de estructuras lingüísticas pasadas, a través de la interrelación entre fonética y morfología diacrónicas que acompaña de una interpretación léxica, al incluir los términos estudiados en sus correspondientes familias de palabras. Este tipo de reconstrucción se ha convertido en una práctica etimológica generalizada, y en ella es maestro este filólogo.

La indagación en torno a los cambios de significado desde una perspectiva estructural, pasa por el intento de formalización de los campos semánticos, en donde cada caso concreto que se ofrece a la investigación etimológica, supone un problema de relación, principio en el que se basa toda estructura semántica; los problemas evolutivos sólo pueden resolverse dentro de esa estructura. Con respecto al español, uno de los pioneros en la aplicación de los principios del campo semántico en la investigación etimológica ha sido Arnold Steiger (1958:19-35) con su trabajo sobre el término *atuendo*. Para este estudioso, buscar el origen formal de una palabra -ni siquiera el origen semántico de una palabra individual al modo clásico greco-latino o dieciochesco, añadiríamos nosotros- no ha de satisfacer por completo al etimólogo. Sólo un estudio sistemático del valor semántico de un vocablo puede ser válido para afrontar una decisión definitiva sobre su procedencia.

En un interesante artículo: "Aproximación al sistema etimológico mayansiano", la profesora Martínez Alcalde (1987:910) nos informa de que Don Gregorio Mayans ya en el s. XVIII manejaba «un concepto de etimología bastante amplio, que une sincronía y diacronía, y que se refiere tanto a lo que hoy consideramos propiamente etimología como a lo que actualmente denominaríamos morfología. Es el campo que abarcaría la Etymología medieval, la cual, según señala Llorente Maldonado (1967:245), junto al problema de la búsqueda del origen recogía aspectos puramente morfológicos (formación de palabras, composición, derivación, etc); pero morfológicos «en sentido pancrónico, pues se refería no sólo a la formación de palabras en un momento dado, sino a la historia de esa formación, y al origen y evolución de las formas léxicas que una lengua presenta en un estado cualquiera». Mayans y Siscar en sus *Orígenes de la Lengua Española* (2) cree que el fin de la búsqueda etimológica es llegar a la significación originaria a partir de la idea de una primitiva afinidad entre el nombre y la cosa nombrada. La idea de una cierta motivación originaria en la imposición de los nombres, ya era un *topoi* en el s. XVIII desde el *Cratilo* de Platón. El profesor Alberto Bernabé (1992:27) aporta, entre otros, un buen ejemplo al respecto de Hesíodo en la *Teogonía:*«Su sobrenombre era Cíclopes, porque en su frente había un solo ojo redondo».

Desde este enfoque lo que importaba a Mayans no era reconstruir la historia de la palabra y su evolución, sino llegar a la primera significación. Así se explican los errores que comete

2 Obra publicada en Madrid, en el año 1737, bajo el título: *Orígenes de la Lengua Española compuestos por varios autores*. Hemos manejado la edición facsímil de 1981, Madrid: Atlas.

desde el plano del significante cuando cree, por ejemplo, que para buscar el étimo latino, en los nombres sustantivos que tienen el ablativo desemejante al nominativo, hay que partir del ablativo; o cuando nos ofrece un inventario ordenado alfabéticamente de las variaciones que cada una de las letras ha sufrido en su paso del latín al español, del tipo *«A, mudada en AU, diptongo» (capitale, caudal)*, *«B, mudada en CH» (reprobare, reprochar*), *«F, quitada del medio» (Ab affecto, afecto)* etc. Aunque ahora este método nos pueda parecer ingenuo, por mostrar una visión de los cambios sujeta a la mera variación gráfica, y lejos de las leyes fonéticas del XIX-XX, era éste un procedimiento presente de forma tradicional en la búsqueda etimológica desde Platón hasta el mismo s. XVIII.

Con este método Mayans intentó alejar el trabajo del etimologista de la arbitrariedad y el capricho que encuentra en la mayoría de los que han trabajado en esta disciplina, que se halla por ello desprestigiada, como ya había señalado la Academia en su *Discurso Proemial sobre las Etimologías* (1726), aparecido en el *Diccionario de Autoridades*, dentro de los Discursos que le sirven de prólogo.

Por otra parte, creía firmemente que la prudencia y la erudición debían salvar al etimologista de las consideraciones excesivamente subjetivas. Así el etimólogo debía tener amplios conocimientos, entre ellos el de la historia, pues en ella tienen origen algunas voces *(jinete, bigardo)*, como también señaló la Academia en la regla novena de su *Discurso Proemial*, cuando manifiesta: «que muchas Voces tienen su origen en una contingencia, y alguna historia, la qual como con el tiempo se olvida, es bien difícil, i aún impossible apurarla». (*Proemial* §62)

Con respecto a esto nos viene a la memoria los ejemplos de *money* y *croissant*, que Ullmann (1976:222) ofrece en las causas del cambio semántico.

Por lo tanto, acabamos de oír de boca de este erudito dieciochesco que dos peligros acechan la labor del etimologista: el capricho o arbitrariedad y el excesivo subjetivismo. Si en el pasado habían sido los causantes directos del desprestigio de tal disciplina, intentaremos con la presente comunicación verles el lado bueno, en la medida de lo razonablemente posible, por su vinculación con la capacidad de imaginación, riesgo y ficción en el ser humano.

Sabemos que todo estudio etimológico parte del principio de la *conjetura*, la cual debe estar apoyada en una crítica rigurosa de todos los datos internos y externos que se hayan obtenido; sólo entonces se podrá reexaminar la cuestión para determinar cuál de todas las explicaciones posibles es la que mejor se adapta al mayor número de contextos independientes desde todos los puntos de vista: fonético, semántico, morfológico, etc.

Los resultados de una investigación etimológica pueden suponer una importante contribución a otras ramas de la lingüística: por ejemplo, con respecto a la fonética, el etimólogo puede ayudar a determinar si ciertos cambios fonéticos son realmente esporádicos o si, por el contrario, son el resultado de un amplio espectro de procesos léxico-semánticos. Juana Gil (1988:122) en el cap. 7 dedicado a la combinación de los sonidos nos dice que «en ciertas ocasiones, no resulta sencillo saber si dos o más vocales han de considerarse como pertenecientes o no a la misma sílaba. La etimología o la analogía con otras palabras relacionadas pueden ayudar a decidir, en estos casos, entre la interpretación de una secuencia de vocales como diptongo o como hiato. Etimológicamente, es preferible, por ejemplo, hablar de hiato en palabras como veintiocho o piano; la analogía con otros términos así lo aconseja también en diario (véase día) o riada (véase río)»

Un buen ejemplo de conjetura nos lo ofrece el artículo de José Luis Pensado (1992:731), titulado "Notas etimológicas". Analizando en él la variante *fistor / fistol*, leemos:

> «Según Corominas *fistol* es un derivado secundario de *refistolero* «la persona presumida, de modales, palabras y movimientos afectados o estudiados», con una -s- por influjo de *facistol*

«jactancioso, petulante», y variante de *refitolero* alteración de un **refitorero*, «derivado del antiguo *refitor* «refectorio». «Como *refistolero* parecía un intensivo en re-, y como junto al sinónimo *farolero* había *farol*, de *refistolero* (como si fuese = *refarolero)* se sacó *fistol* «hombre ladino y sagaz» *Aut.*(DCELC. s.v. «refitolero»)».

A lo cual objeta el profesor Pensado:

«Es lamentable que tan ingeniosa explicación no encaje dentro de la perspectiva diacrónica de *fistor*, documentado desde mediados del XVI, mientras que la variante hispanoamericana *refistolero* debe de ser mucho más reciente y no se registra en P. BoydBowman, donde no falta el *refitorio*. El modelo aducido de *farolero/farol*, no podía actuar, porque aún no tenía el sentido de «vanidoso, presumido», como demuestra el *Dicc. de Autoridades* donde *farolero* es únicamente «el que tiene cuidado de encender los faroles en los palacios y casas de señores, u el que lleva por la calle para alumbrar».».

Asimismo un buen margen a la conjetura nos lo ofrece San Isidoro en sus Etimologías, pues recurre en muchas ocasiones a una derivación personalísima, como es el caso de «camisias vocari quod in his dormimus incamis id est in stratis nostris»,(3) 'se llaman camisas porque dormimos en estas camas, es decir, en nuestros estrados', donde se observa un chocante maridaje entre significante y referente.

Derivación ingeniosa igualmente tenemos en la figura etimológica: *soñar un sueño, vivir una vida,* constituyendo una misma familia léxica.

Por esta vía de la conjetura nos aproximamos a la etimología popular (impresionista) o legendaria, cuando no meramente humorística, que se repitió secularmente tanto en la lengua literaria como en la estándar. Buenos ejemplos de este tipo en la literatura los hallamos en Lope de Vega: «Roldán me llamo,/ porque rodando nací».(4) No menos curiosas son, jugando a la cosi cosa o adivinanza, las etimologías de algunos nombres propios: Galindo: «tiene el principio de gato,/ todo lo demás es lindo. Esperanza: Galindo te has de llamar».(5)

En la lengua estándar nos encontramos también con abundantes etimologías populares. José Ramón Fernández González (1987:1669-1683) nos ofrece algunas de gran interés. La abundante toponimia que encontramos no sólo en el Bierzo, sino en toda la península ibérica y más allá de nuestras fronteras, en la llamada cuenca mediterránea, con raíces del tipo *mal-* o *cant-:* Malmayor, Malredondo, Marrubio, Malpaso, Malfurado, Malpica, que de forma bastante generalizada se han interpretado muchos de estos topónimos como derivados del adverbio o del adjetivo latinos *male-/ malum-*.

Mal- es un radical del que poco se sabe, aunque parece ser prerromano, quizá indoeuropeo, que significa 'roca, piedra, montaña, picacho'. El profesor Fernández González puntualiza al respecto que: «cuyo significado citado casa muy bien generalmente con la configuración de los terrenos que contienen este elemento en su nombre, pero que, además, ha favorecido la "etimología popular", no sólo por la identidad formal entre esta raíz y el adjetivo latino *malu*, sino también por la afinidad entre los significados: el terreno 'pedregoso, roquizo, árido' equivale a un terreno 'malo'en general».

Lo mismo ocurriría con *cant-* (significado etimológico de 'piedra, guijarro' < lat. canthus < kar-, karan, kal-) que favoreció la etimología popular con cantar en topónimos del tipo: Cantalobo, Cantalapiedra (pleonástico), Cantarranas, etc.

---

3 SAN ISIDORO (1982). *Etimologías.* Tomo II, Libro XIX, párrafo 22, 29, pp. 466-467. Madrid: BAC.

4 VEGA CARPIO, F.L.de (1959). *Las Mocedades de Roldán.* Madrid: BAE, 234.

5 VEGA CARPIO, F.L. de (1598). *Los Comendadores de Córdoba.* Madrid: BAE, 215.

W. Beinhauer (1968:289-290) nos ofrece inestimables alusiones al fenómeno etimológico, tanto popular como propiamente dicho, cuando en un momento dado dice: «En lugar de la aposición se dice con más énfasis, *aquello fue la catástrofe, (el caos, la hecatombe, y la caraba)*». En su nota correspondiente, la 190, explica: «derivado de la (sobreent. mula) que araba. Es expresión, según dicen, nacida en Andalucía, y se le atribuye este divertido origen...». Más adelante de la cita prosigue el autor: "Digamos, ya en serio, que se ha debatido mucho el origen de caraba...».

En todos estos ejemplos, como se ve, según el juicio de Baldinger (1970), la etimología popular surge de la antinomia entre la arbitrariedad del signo y la necesidad latente en el individuo de atribuirle una motivación. Se trata pues de considerar la etimología popular como un principio asociativo que se halla estrechamente unido al cruce de palabras.

Como la etimología popular tiene también una dimensión extralingüística referencial, esto le permite a Francisco Marsá (1987:1745) aportar testimonios sigilográficos de ella.

Ya Saussure distinguió claramente entre los casos en que se deforma la palabra por acomodación a los elementos que se cree reconocer en ella (*vagabundo* > *vagamundo*) de aquellos en que la palabra recibe una interpretación nueva sin que cambie su forma. Precisamente a estos últimos apela el profesor Marsá aportando pruebas semióticas. Ofreceremos sólo un ejemplo para ilustrarlo: en muchas partes los nombres de las ciudades han dado origen a leyendas. Una falsa etimología puede quedar fijada en las armas de una ciudad o país. Una mala interpretación de *león,* proveniente de *legionem* y no de *leonem,* ha traído como consecuencia que dicho animal figure en el escudo de España. Con ello ya se ha llegado a la heráldica y a la sigilografía.

Dejamos ya para el final lo que hemos dado en llamar Recreaciones semántico-etimológicas. En Lope de Vega encontramos dos subvariantes: 1) la etimológica propiamente dicha: Comendador: «Destos cien labradores hacer quiero/ *Cabeza* y *Capitán* a Peribáñez»,(6) donde las dos palabras proceden de un mismo étimo latino (< caput, -itis), que no aparece expreso. 2) la pseudoetimológica (puesto que asistimos a un caso implícito de etimología popular): Mitrídates: «Crióle mi mujer, púsole *Ciro,/* por la *perra* que el pecho le había dado/ (que así se llama en nuestra lengua), y».(7) Perro, -a en griego (,) , , que establece homofonía con Ciro.

En este autor distinguimos también un Proceso semántico-etimológico: «*Adiós ... Ese te guarde*».(8) Ese ——> *Dios (pronominalización): este verso reproduce el proceso *Dios > a Dios (Ese) > adiós, como fórmula estereotipada de despedida.

Aquí nos encontramos con un subtipo dentro de este apartado. Subtipo que podríamos denominar: Proceso semántico-etimológico con cierta recreación semántica: Sirena: «*Venus* le envía a matarme/ Bato: ¿Qué *viernes*, o qué embeleco?»(9) (viernes < genitivo veneris, no del nominativo Venus). Obsérvese que si antes en la subvariante etimológica propiamente dicha de la Recreación semántico-etimológica teníamos "Cabeza" y "Capitán", es decir, dos palabras que procedían de un mismo étimo latino "caput", que no aparecía expreso; ahora, en cambio, en este último subtipo que presentamos en el Proceso semántico-etimológico, se nos dan las dos palabras: una, la etimológica en nominativo "Venus", por asociación con la diosa mitológica, aunque sabemos que el étimo en realidad deriva del genitivo "veneris", y otra, la voz patrimonial "vier-

6 VEGA CARPIO, F.L. (1609-12). *Peribáñez y el Comendador de Ocaña.* Clásicos Castellanos, 159. Madrid: Espasa-Calpe.

7 VEGA CARPIO, F.L. (1620-35). *Contra valor no hay desdicha.* B.A.E. 190. Madrid: Atlas.

8 VEGA CARPIO, F.L. (1598). *El galán Castrucho,* VI. Madrid: Real Academia Española.

9 VEGA CARPIO, F.L. (1625-35). *El Amor enamorado.* B.A.E. 190. Madrid: Atlas.

nes", a la que ha dado lugar la etimología, pero con la que establece, a través de este doblete etimológico, una relación semántica desproporcionada por distanciada y, por lo tanto, cómica.

Como conclusión final a nuestro trabajo podríamos decir que en todos los casos presentados ha habido concesiones a la conjetura y a la ficción, pero en la etimología popular más que en la etimología propiamente dicha. En el caso de la recreación semántico-etimológica y del proceso semántico-etimológico se dan estos componentes imaginativos en mayor proporción si cabe, puesto que asistimos a la alusión implícita, dirigida expresamente a las personas cultas del público: perra - Ciro, a través de *κύων (griego); Venus - viernes, a través de *veneris (latín); Cabeza - Capitán, a través de *caput (latín); y adiós - Ese, a través de * Dios (romance español). Como se puede observar a *κύων, *veneris, *caput y *Dios les corresponde llevar un asterisco, no por origen incierto etimológico, puesto que son palabras conocidas y documentadas, sino porque su presencia está implícita en el texto, ya que hay que sobreentenderlas para captar toda la riqueza del juego lingüístico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALVAR, M. y POTTIER, B. (1983). *Morfología histórica del español.* Madrid: Gredos.

BALDINGER, K. (1970). *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna.* Madrid: Alcalá.

BEINHAUER, W. (1968). *El español coloquial.* Madrid: Gredos.

BERNABÉ, A. (1992). "Una forma embrionaria de reflexión sobre el lenguaje: la etimología de nombres divinos en los órficos". *Revista española de lingüística.* Madrid: Gredos.

COROMINAS, J. y PASCUAL, J.A. (1979). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico.* Madrid: Gredos.

COSERIU, E. (1973). *Sincronía, diacronía e historia.* Madrid: Gredos.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, J.R. (1987). "Toponimia del Bierzo (León) y etimología popular". *Actas del I Congreso internacional de Historia de la Lengua Española.* Madrid: Arco/Libros.

GARCÍA DE DIEGO, V. (1928). "Etimología idealista". *Revista de Filología española,* XV. Madrid: C.S.I.C.

GIL FERNÁNDEZ, J. (1988). *Los sonidos del lenguaje.* Madrid: Síntesis.

LABOV, W. (1983). *Modelos sociolingüísticos.* Madrid: Cátedra.

LAPESA, R. (1963). "La lengua desde hace cuarenta años". *Revista de Occidente,* 2ª época, 8-9.

LAPESA, R. (1987). *Estudios lingüísticos, literarios y estilísticos.* Universitat de Valencia.

LLORENTE MALDONADO, A. (1967). *Teoría de la lengua e historia de la lingüística.* Madrid: Alcalá.

MALKIEL, Y. (1951). *Studies in the reconstruction of Hispano-Latín Word Families.* Los Angeles.

MALKIEL, Y. (1954). "Etimology and the Structure of Word Families". *Word,* 10.

MARSÁ, F. (1987). "Testimonios sigilográficos de etimología popular". *Actas del I Congreso internacional de Historia de la Lengua Española.* Madrid: Arco/Libros.

MARTÍNEZ ALCALDE, Mª J. (1987). "Aproximación al sistema etimológico mayansiano". *Actas del I Congreso internacional de Historia de la Lengua Española.* Madrid: Arco/Libros.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1904). *Manual elemental de gramática histórica española.* Madrid: V. Suárez.

PENSADO TOMÉ, J.L. (1992). "Notas etimológicas". *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio de Bustos Tovar.* Salamanca: Ediciones Universidad.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1969). *Diccionario de Autoridades.* Madrid: Gredos.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1974). *Lingüística estructural.* Madrid: Gredos.

STEIGER, A. (1958). "Zur Methodik der Wortgeschichte: Spanish attuendo". *Vox Románica,* 17.

ULLMANN, S. (1976). *Semántica: Introducción a la ciencia del significado.* Madrid: Aguilar.

WEINREICH, U., LABOV, W., y HERZOG, M.I. (1968). "Empirical foundations for a theory of language change". *Directions for Historical Linguistics,* ed. por W.P. Lehman y Y. Malkiel. Austin & London: University of Texas Press.